

16. REVUELTAS ANÓMICAS EN GRAN BRETAÑA ¹⁴⁴

SALVADOR AGUILAR

I

Los acontecimientos británicos recientes iniciados en Tottenham (agosto de 2011, véase la Cronología: ítem 15 del Anuario) han hecho estallar una crisis social de grandes dimensiones y diagnóstico incierto, algo perceptible en la desorientación y desconcierto, académico, mediático, de opinión pública, con que se está abordando su tratamiento. Es algo chocante, porque lo más sensato sería recurrir a lo que la ciencia social contemporánea ha aprendido sobre “patologías sociales” como las que emergen en este tipo de crisis.

Grandes periódicos han titulado la cobertura de esta crisis como “Explosión social” (*El País*) o “La *banlieue* británica” (*La Vanguardia*). Y así es, dan en el clavo: lo ocurrido está emparentado directamente con los sucesos franceses de noviembre de 2005 y el levantamiento de los barrios periféricos (las *banlieues*) que duró poco pero produjo la quema nocturna de 20.000 vehículos y amplios daños políticos y ciudadanos colaterales. Tanto en ese caso como en el de Reino Unido en 2011 se trata de una revuelta social, pero de un tipo particular que denominaré “anómica”.

Anomia es un término técnico muy querido de algunos grandes científicos sociales para indicar una situación donde la estructura normativa que opera habitualmente, y mantiene relativamente cohesionados a los miembros de una comunidad, queda en suspenso. Anomia indica carencia de normas: los valores considerados poco antes como vigentes y que predisponían a una obligación moral (conformidad) han dejado de funcionar, mientras otros valores nuevos que deberían reemplazarlos no están todavía disponibles. ¿Por qué hay revueltas o formas de protesta que pueden considerarse *anómicas*? Al menos por tres razones. Una, la estructura normativa imperante para una mayoría de la población es percibida como algo ajeno por una minoría –la que se moviliza– que se considera a sí misma al margen de la sociedad (no tanto por voluntad propia, sino porque interpretan que el resto de sus conciudadanos prescinden

¹⁴⁴ Una versión abreviada del presente artículo se publicó en *El País*, La Cuarta Página, 12.09.2011, p. 25, con el título “Revueltas en un mundo sin normas”.

de ellos); en consecuencia, esa estructura normativa se manifiesta inoperante y fallida, para esa minoría pero también para los que se guían por ella (al abrirse paso una conciencia ciudadana inmediata de crisis social y fracaso de convivencia para lo que, en otras condiciones, sería meramente un altercado o un acto de pillaje). Dos, determinadas revueltas son anómicas cuando lo que hacen es expresar una condición de fondo de la sociedad global, donde conviven una masiva alienación individual y la ausencia de cualquier estructura fuerte de cohesión colectiva, combinación revelada por la conducta asocial e incluso antisocial de esa minoría aludida en la que se reconoce la propia mayoría. Y tres, una protesta social se puede interpretar como anómica cuando sus integrantes, lo protestatarios, carecen de reivindicaciones y, por tanto, de propuestas normativas alternativas. Los rebeldes se manifiestan aquí como partidarios de una protesta expresiva que implica rechazo de la sociedad mayoritaria, pero es un rechazo inerte: no pretende sustituir nada sino únicamente exhibir afán de destrucción y puesta en cuestión completa del orden social vigente. No hay pues ni reivindicaciones, ni liderazgo claro, ni afán de negociar demandas, lo que desconcierta a los gobiernos de turno y a la población en general: parece una protesta, en la terminología de Hobsbawm, “pre-política” y de orientación ideológica reaccionaria (el afán de transformar ese mundo está ausente). Dice el historiador británico:¹⁴⁵

lo que aquí nos interesa no es esta corriente central de organización y política entre los trabajadores urbanos. Preferiría discutir algo que mejor describiremos como un remolino permanente en la vida urbana que como una corriente. Lo llamaremos, valiéndonos de la frase inglesa clásica, “the mob” (la turba), porque la inconstancia que chocó a quienes observaban era una de sus características superficiales más evidentes. La turba puede definirse como el movimiento de todas las clases urbanas pobres encaminado al logro de cambios políticos o económicos mediante la acción directa –es decir, por el motín o la rebelión–, pero un movimiento que todavía no estaba inspirado por ninguna ideología específica; o, si es que encontraba la expresión de sus aspiraciones en algún modo, lo hacía en términos tradicionales y conservadores (la “muchedumbre de la Iglesia y del Rey”). Era un movimiento “prepolítico” y, como tal, fenómeno primitivo en nuestro sentido.

¹⁴⁵ Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Capítulo “La turba urbana”, Ariel, Barcelona, 1968, p. 145.

Sin embargo, estas revueltas anómicas contemporáneas, aunque puedan parecerlo, no son exactamente pre-políticas. En las grandes ciudades pre-industriales europeas y en la primera industrialización, es frecuente el recurso de los grupos populares marginales, carentes de voz política institucional, a este tipo de protesta expresiva y espasmódica, también efímera, con la cual *marcan terreno* implícitamente para la defensa de sus intereses. Algo así también han puesto de relieve, para el caso francés de 2005, sociólogos como Castel y Maffesoli, y algo así se ha desarrollado en el Reino Unido en agosto de 2011. Parece una forma poco racional de definir y defender intereses (sin parecido alguno, por ejemplo, con los grupos populares que disponen de sindicatos y partidos), pero se trata de una impresión engañosa. Viene a ser un formato de protesta colectiva económico (por su espontaneidad, carencia de organización y actores, desactivación rápida, baja visibilidad de los protestatarios) en contextos donde el acceso a la negociación de intereses es considerada por los protestatarios como impensable: si lo que está en cuestión es *todo*, el margen de negociación es *ninguno*.

En principio, que el origen del episodio londinense se localice en Tottenham, el distrito con mayor desempleo de la ciudad (el 27% de los niños nacen en familias sin ningún asalariado, contra un 10% en España) y que cuenta con una importante comunidad étnica afrocaribeña, hace que la revuelta se asemeje a crisis anteriores (véase la Cronología) donde los factores determinantes ya eran la acumulación de la pobreza en zonas urbanas deprimidas infestadas de drogas y alienación a gran escala;¹⁴⁶ y según un testimonio del propio barrio, esa comunidad negra se queja efectivamente de estar acorralada por los recortes sociales y el acoso policial. A pesar de ello, algunos observadores han señalado que la protesta actual, comparada con los episodios británicos anteriores, presenta novedades importantes. Unos, en Tottenham, subrayan que: “Este pillaje no es fruto de un conflicto racial. En Enfield, la gran mayoría de los saqueadores son blancos” y de grupos de edad jóvenes (un 73% entre 18 y 24 años).¹⁴⁷ Otros, como Peter Shirlow, experto universitario en orden público, dice sobre los saqueadores que “la mayoría son jóvenes oportunistas

¹⁴⁶ El autor de *Hood Rat*, Gavin Knight, apunta con razón al respecto: “Si uno crece en una zona de guerra, se convierte en un guerrero”, en “He visto el lado oculto de Reino Unido”, *El País*, 11.08.2011.

¹⁴⁷ En *El País*, 11.08.2011, p. 4. Y *La Vanguardia*, 13.08.2011, p. 3.

que se dedican a saquear casi por placer”.¹⁴⁸ Por su parte, el corresponsal de *El País* sostiene de forma sugerente que esta crisis:

“parece menos ideológica, menos política que la del pasado. Las turbas se dedican sobre todo a asaltar comercios para llevarse lo que pueden. No asaltan supermercados para llevarse comida: el principal objetivo han sido las tiendas de teléfonos móviles, las de electrodomésticos, las de ropa y zapatillas deportivas. Eso denota quizá que es el ansia de consumismo, la frustración por no tener dinero para comprar lo que otros ya tienen, el principal motor de la protesta” aunque, advierte, “sus problemas no vienen de cuatro años de crisis. Su desencanto tiene raíces más profundas”, pese a que matiza lo anterior en el sentido de que “el factor psicológico que alimenta la furia juvenil es la convicción de que las cosas no solo están mal, sino que todo estará peor porque la biblioteca de la esquina va a cerrar, el centro social va a ofrecer menos servicios, las ayudas a la vivienda se van a ver reducidas. Y con la paradoja añadida de que todo eso se va a perder porque ha habido que ayudar a los bancos”.¹⁴⁹

Mientras, otros analistas concentran la atención en las marcadas desigualdades sociales desatadas por la globalización neoliberal (en Reino Unido, el 10% de la población posee 273 veces más recursos que el 90% restante), y el profesor de economía británico Eric McComarck parece dar en el clavo al referir las causas del levantamiento a una “renegociación” (o quizá anulación) del contrato social británico:

“Estamos viviendo un tira y afloja para ver con cuánto es capaz de conformarse la gente, hasta qué punto acepta una reducción de su nivel de vida para que las élites puedan mantener el suyo”.¹⁵⁰

A primera vista, como resume bien Moisés Naím, “lo que esta variedad de explicaciones significa es que, en realidad, nadie entiende el origen de esta súbita explosión de violencia callejera (...) En vista de que en muchos países los recortes al gasto público se han hecho inevitables, ya sabemos qué

¹⁴⁸ En *El País*, 11.08.2011, p. 6.

¹⁴⁹ Walter Oppenheimer, “Revuelta en Londres: muchos conflictos en uno solo”, *El País*, 10.08.2011, p. 7.

¹⁵⁰ Citado en *La Vanguardia*, 10.08.2011, p. 5. En Tottenham se han cortado en un 75% los programas de apoyo a la juventud y desaparece la subvención de 30 € semanales para jóvenes estudiantes en familias de renta baja; véase Andy Robinson, “Economía de disturbios”, *La Vanguardia*, 12.08.2011, p. 39. Enrique Gil Calvo insiste en este origen básico de los disturbios de Londres en la desigualdad extrema: “los países anglosajones son las sociedades más desiguales del capitalismo occidental, y por eso en su espacio público se manifiesta ante todo la envidia, la rapacidad, el resentimiento y la ansiedad por el estatus”; en “La ocupación del espacio público”, *El País*, 21.09.2011, p. 27.

debemos esperar. La furia callejera de este verano se va a prolongar”.¹⁵¹ A pesar de todo: (1) los orígenes de los conflictos siempre son multicausales, y esto, en sí mismo, no tiene nada de desconcertante; pero (2) los focos causales básicos de las revueltas anómicas parecen estar bien identificados. Uno de los problemas de las “sociedades de la información” es el excesivo *ruido* ambiental respecto a los problemas que se van sucediendo; pero como de costumbre, y el propio Naím hace eso en su artículo citado al referirse al trabajo de Voth y Ponticelli, lo primordial es atender a los estudios bien fundamentados para entender lo que pasa. Sin embargo, que esta operación es más compleja de lo que parece lo prueban las declaraciones nada menos que del presidente de la Asociación Sociológica Británica que, para explicar los disturbios de agosto, apela a una tradición precientífica y ya periclitada: “Veo los disturbios como una clásica forma de comportamiento de masas. Lo que hay que tener en cuenta con las masas es que son impredecibles e irracionales. Las dinámicas de una muchedumbre se imponen y la gente pierde su identidad”. Este punto de vista procede en línea directa de la *psychologie des foules* de Gustave Le Bon, en pleno siglo XIX (1895), y ha sido demolido a conciencia, entre otros, por Charles Tilly.¹⁵²

Esto nos conduce a una segunda observación: estas formas de protesta anómicas son inherentes al funcionamiento del capitalismo contemporáneo. Diversos científicos sociales lo han puesto de relieve, pero nos limitaremos a dos. Uno, el economista político Fred Hirsch, que ya en 1976 nos alertó brillantemente sobre el mal diseño socioestructural del capitalismo moderno para concitar cohesión social y conformidad: “El principio del autointerés es incompleto en tanto que instrumento de organización social. Funciona de manera efectiva únicamente en combinación con algún principio social de refuerzo... [En el capitalismo moderno] se ha intentado erigir una organización social crecientemente explícita sin el soporte de una moralidad social, lo que ha dado como resultado una tensión estructural tanto en el mecanismo del

¹⁵¹ “Test: ¡Adivine el país!”, *El País*, 14.08.2011, p. 4.

¹⁵² Véanse su ataque a los “postulados perniciosos” en *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Ed., Madrid, 1991. Las declaraciones de John Brewer, de la ASB, en *El País Domingo*, 14.08.2011, p. 2.

mercado como en el mecanismo político diseñado para regularlo y complementarlo”.¹⁵³

El capitalismo neoliberal de la última generación no ha hecho sino profundizar la tendencia. Los saqueadores de Londres no mostraron menos moralidad pública, sino tal vez más, que la exhibida en los cuatro años de crisis por las élites financieras y económicas globales. ¿Por qué razón deberíamos dar más crédito los ciudadanos, socialmente hablando, a unos que a otros? Este es el problema central del capitalismo neoliberal: cómo concitar cohesión social y obligación moral entre los habitantes de un sistema social basado estrictamente en el autointerés, la depredación, la ventaja comparativa y la desprotección pública de la mayoría de la población. (Esta es también la razón principal que permite tratar de ingenuos o *compañeros de viaje* a los que creen que se puede hacer entrar en razón a la élite que controla el sistema para “reformarlo”; desde luego la ciudadanía tiene que intentarlo, pero el análisis racional dispone de numerosos argumentos para poner en duda la posibilidad de éxito de semejante empresa.)

Por otro lado, la relación entre la protesta anómica y las leyes de funcionamiento del neoliberalismo fue bien establecida por el sociólogo (liberal-conservador) Ralf Dahrendorf en 2008, uno de los mejores estudiosos de esa casi clase social formada por el precariado y las nuevas formas de desempleo y pobreza, a las que califica de *subclase* o *infraclass*: “¿por qué la subclase no arremete y destroza los muebles de la casa que la clase mayoritaria construyó para sí misma? De vez en cuando lo hace”, en el estadio Heysel en 1985 o en Brixton en 1981 (antecedente del Tottenham actual). Pero en lo fundamental, los “conflictos no se presentan como líneas de batalla en una guerra revolucionaria, o incluso como una lucha de clases democrática, sino como anomia”.¹⁵⁴ Se presentan por tanto como resultado de la carencia de un contrato social mínimo, situación que predispone al absentismo de cualquier responsabilidad colectiva.¹⁵⁵

¹⁵³ Fred Hirsch, *Social limits to growth*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1976, p. 12.

¹⁵⁴ Ralf Dahrendorf, *El conflicto social moderno*, Mondadori, Madrid, 1990, p. 192.

¹⁵⁵ A modo de ilustración de esta idea, estas son las declaraciones de Sukh, veinteañero londinense de origen indio, sobre los protagonistas de los disturbios de agosto: “No respetan a nadie. Piensan que deben recibir todo gratis y desconocen el valor del trabajo”, *El País*, 13.08.2011, p. 2.

Como subraya Dahrendorf, esta alienación de fondo de una mayoría de las clases más bajas bajo el capitalismo no es nueva. Fue estudiada ya en los años 30 del siglo pasado por Theodor Geiger, a quien cita: “El estrato más bajo «carece de sitio desde el punto de vista socioeconómico». No tienen mentalidad para defender sus intereses de forma organizada, sino para la «rebelión rabiosa»”. Pero la situación es muy diferente en las sociedades de la OCDE de finales del siglo XX y principios del XXI, primero, porque con frecuencia los *rioters* proceden de otros sectores sociales más acomodados, algo que hemos presenciado de nuevo en Londres en agosto. Aunque, segundo, mantienen su situación general de alienación: “El hecho crucial relativo a la subclase y a los parados persistentes es que no tienen intereses en la sociedad...La sociedad es para ellos, sobre todo, distante. La ven simbolizada solo por la policía y los tribunales”.¹⁵⁶ Pero, tercero, en palabras de Lawrence Mead, la subclase “está alienada y es populista, pero no radical”.¹⁵⁷ Los corresponsales de los grandes periódicos han difundido la imagen de los disturbios como “cosa de jóvenes con chándal y habitualmente encapuchados y también de algunas chicas que tapan sus rostros con pañuelos”; o señalando que “los transeúntes pueden ser apedreados por turbas tan pequeñas como agresivas”.¹⁵⁸ Esta atmósfera hobbesiana es muy propia de las grandes urbes de la era neoliberal y expresa esa condición de fondo de la alienación masiva.

Los medios de comunicación más sesgados intentaron hacer creer durante esos días de agosto que el “nihilismo” y “gamberrismo” de los saqueadores británicos respondía a demasiado Estado del bienestar (malcrianza, absentismo de las familias dependientes del Estado, supuesta pérdida de “valores” de las sociedades postindustriales).¹⁵⁹ Pura e inaudita ideología. La anomia y la protesta pasiva contra todo tienen sus raíces bien ancladas en la estructura social característica del capitalismo neoliberal. ¿Qué se pensaban? Hay pocos precedentes históricos de un sistema de dominación tan cruel y antidemocrático como el instaurado bajo la globalización neoliberal, y los

¹⁵⁶ El abogado defensor de uno de los detenidos en Londres, Sean Caulfield, aporta: “Se sienten desconectados de la sociedad y no aspiran a progresar”, *El País*, 13.08.2011, p. 2.

¹⁵⁷ Las citas de Dahrendorf en *ibid.*, p. 191.

¹⁵⁸ J.M. Muñoz en *El País*, 10.08.2011, p. 3.

¹⁵⁹ Dice un joven de londinense de padre jamaicano y madre inglesa: “un padre que pegue a su hijo va hoy directo a la policía, y así crecen los críos, sin ninguna disciplina”, *La Vanguardia*, 11.08.2011, p. 6. Y el mismo primer ministro David Cameron sostiene que “hemos vivido el colapso moral a cámara lenta de nuestra sociedad” (*La Vanguardia* 16.08.2011, p. 3).

“costes” mínimos que han de afrontar los beneficiarios de tal sistema social hiperdesigual e irresponsable (está arrasando el planeta e impidiendo su uso por parte de las generaciones venideras) son la oposición de la izquierda mundial, pero también este otro tipo de protesta política que se manifiesta a primera vista como antipolítica y puramente dedicada al pillaje ocasional.¹⁶⁰

No podemos esperar que estas explosiones anómicas se desvanezcan fácilmente, porque son inherentes y obligadas en un sistema social de capitalismo neoliberal. Algunos recurrirán al marketing político, harán ver que no pasa nada y hablarán del neoliberalismo como “la sociedad abierta”, algo contradicho aparatosamente por los hechos y el juicio de cualquier persona con mentalidad independiente, y hablarán de los saqueadores como meros “criminales” (como ha hecho David Cameron, sin ir más lejos); otros intentarán paliar los efectos de las revueltas atacando los efectos de las mismas (mediante ayudas públicas, mejora de la educación y creación de puestos de trabajo para la subclase), lo cual es encomiable y obligado, pero difícilmente practicable en épocas de crisis; la gente que busca un mundo mejor deberá asociarse y presionar para escapar del neoliberalismo y de estas explosiones bárbaras de la anomia, atacando así las causas del fenómeno por medio de un nuevo sistema social racional basado en la igualdad, la democracia y el bienestar de la mayoría de la población.

II

Sugerida la causa general última de las revueltas anómicas, recurriremos ahora a la sociología política para identificar, con instrumentos más próximos al terreno, los contextos y situaciones sociales que facilitan esta peculiar forma de protesta a la vez política y antipolítica. La pregunta aquí debe ser: ¿cuáles son los mecanismos sociales que operan en las sociedades de capitalismo avanzado que confieren la peculiaridad examinada a las revueltas anómicas? Y también: ¿por qué los individuos se suman a esa especial forma de acción colectiva?

Por lo que se refiere a la segunda pregunta, esta es una cuestión que ha preocupado a algunos grandes científicos sociales que nos han legado

¹⁶⁰ Una persona que participa en los disturbios cuenta al corresponsal de *El País*: “Si eres joven, vulnerable y no le importas a nadie, no tienes nada que perder. Mi hermano dice que así es el capitalismo”, Rafael Estefanía, 9.08.2011, p. 3.

modelos explicativos duraderos, aplicables también a fenómenos como los disturbios de Londres. Por ejemplo, Robert Merton, Mancur Olson y James Scott; pero de cara al caso que examinamos, sobre todo Ted Robert Gurr y Albert Hirschman. Todos ellos dan por supuesto que hay ciertas *determinaciones estructurales* que contribuyen a desencadenar acciones colectivas de esta y otras variantes; pero se interesan sobre todo por la *motivación individual* que explica por qué grupos numerosos de individuos no concertados entre sí deciden añadirse a una protesta colectiva suscitada por algún malestar social.

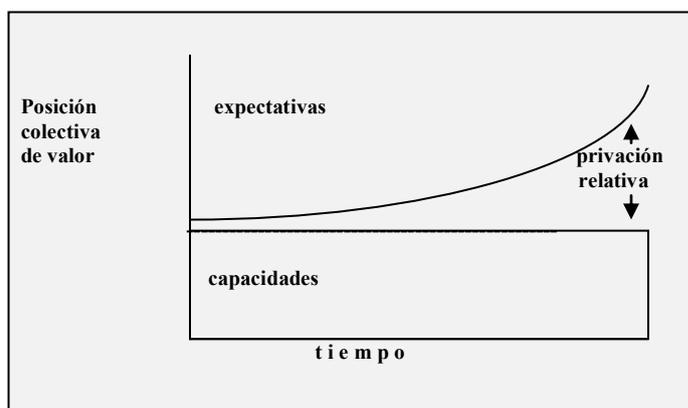
El modelo de Hirschman de voz-salida-lealtad permite entrever de inmediato el cambio básico experimentado por los movilizados en Francia y, ahora, en Londres. Esa subclase formada por la marginación clásica y el nuevo precariado, ubicada de manera más o menos estable en tiempos normales en una especie de “salida” (eligen deliberadamente vivir en los márgenes e incluso fuera de la sociedad activa, de la que “salen”), se desplaza hacia la “voz” (la movilización) al ser alcanzados por los efectos de alguna crisis desencadenante: económica y de austeridad, en el caso londinense; probablemente interétnica y de guettoización crónica de su estilo de vida, en el caso francés. En ambos casos queda de relieve ese particular fenómeno de las sociedades opulentas contemporáneas ya señalado por Dahrendorf y documentado por los periodistas en el agosto londinense: “...a menudo los alborotadores no pertenecen siquiera a la subclase (...) Existe una curiosa convergencia”, que es la que unifica relativamente al heterogéneo conjunto movilizado y es expresión también de la anomia, “entre la cultura de la subclase y la contracultura de la clase media; resulta «in» estar «out», por decirlo así. El hacer caso omiso de las normas y valores de la sociedad oficial se ha convertido en un hábito muy extendido”.¹⁶¹

Gurr, por su parte, propone cuatro modelos sencillos que relacionan expectativas individuales “de valor” (lo que cada individuo se considera con

¹⁶¹ Ralf Dahrendorf, *ibid.*, pp. 191-192. El corresponsal en Londres de *La Vanguardia*, Rafael Ramos, describe así la “globalización del gueto” en agosto: “la importación de la cultura del gueto de EEUU, y la adopción por los jóvenes del mismo lenguaje, la misma manera de vestir y las mismas actitudes hacia la familia y la autoridad que son norma en el Watts de Los Angeles, el West Side de Chicago o el Harlem de Nueva York. Tanto es así que los adolescentes británicos llaman a la policía *the feds*, y a sí mismos *bruvs*, como han aprendido de las películas de Hollywood y series de televisión como *The Wire*”. *La Vanguardia*, 16.08.2011, p. 3.

derecho a recibir de la sociedad a la que pertenece) y satisfacción real de esas expectativas.¹⁶² Si la diferencia entre ambas curvas supera un determinado límite, la “privación relativa” que experimenta el sujeto es insoportable y le empuja a la acción y a la protesta colectivas. Para el caso de las revueltas anómicas, como la de 2005 en Francia o la de los disturbios londinenses de agosto, la utilización de los modelos de Gurr tiene el interés de que permite al observador reparar en una diferencia crucial entre ambos casos. Para el caso de las *banlieues* francesas, el modelo relevante de Gurr es el de la “privación relativa aspiracional”:

Figura 1 Privación relativa aspiracional

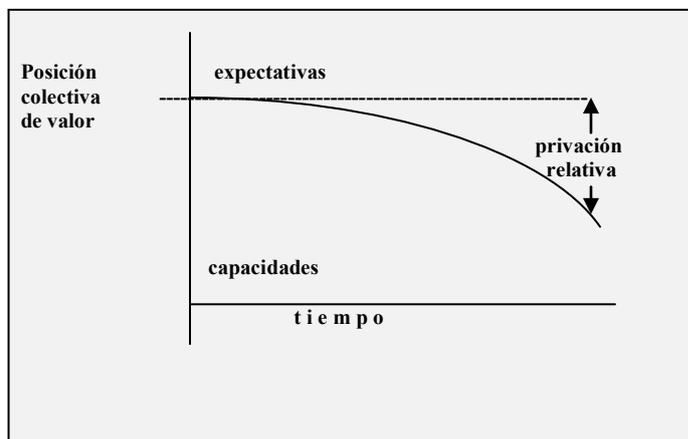


Para los movilizados de los barrios periféricos franceses, de manera análoga a las sublevaciones étnicas y raciales de los grandes guettos norteamericanos de los años sesenta (Watts), crecen las expectativas de valor, debido a su acceso a la ciudadanía francesa efectiva (al ser hijos de inmigrantes de segunda o tercera generación y, por consiguiente, “ciudadanos” franceses) o al reconocimiento de los derechos civiles de los afroamericanos, sin un crecimiento paralelo del potencial para su satisfacción.

Sin embargo, los disturbios londinenses recientes señalan en otra dirección, la del modelo de “privación relativa decremental”:

¹⁶² Ted Robert Gurr, “A comparative study of civil strife”, cap. 17 de Hugh D. Graham y T.R. Gurr (eds.), *The history of violence in America. A report to the National Commission on the causes and prevention of violence*, Bantam, Nueva York, 1969. Una síntesis de las teorías de Gurr en S. Aguilar, *Ordre i desordre*, Hacer, Barcelona, 201, pp. 193-194.

Figura 2 Privación relativa decremental



Para los movilizados británicos de 2011, el factor decisivo de su movilización individual es el impacto de la crisis económica que implica que, mientras las expectativas de valor permanecen relativamente estables y altas (a fin de cuentas, siguen siendo “ciudadanos” de una sociedad opulenta), la satisfacción de las mismas en términos de ingresos y estándares de vida es decreciente. Como señala Gurr, esta situación tiende a producir protestas y violencia defensivas.

Las directrices teóricas de Hirschman y Gurr tienen una utilidad real que permite distinguir ciertas pautas entre la masa de datos procedentes de los disturbios. Sobre todo, permiten entrever los factores que han movilizado a una mayoría de individuos que se han añadido así a una acción colectiva que ha causado un notable desconcierto. Podemos ahora volver a nuestra primera pregunta: ¿cuáles son los mecanismos sociales que operan en las sociedades de capitalismo avanzado que confieren la peculiaridad examinada a las revueltas anómicas? A mi entender, las propuestas de Oberschall desde la sociología política son en este punto las más relevantes.

Anthony Oberschall dirige su mirada analítica, no a la reacción del individuo ante un malestar social (como Gurr y Hirschman), no a la relación entre los individuos afectados por el malestar y la cuestión de la cohesión social (como Dahrendorf), sino a la estructura social próxima que encuadra los conflictos y aporta mecanismos para guiar su trayectoria. Oberschall ordena las situaciones

posibles a partir de dos variables estratégicas. Una, los vínculos del grupo movilizado con los grupos superiores y la estructura del poder. Según esta variable, un grupo potencialmente movilizable se ubica en una de estas dos situaciones: o bien es un grupo *integrado* (porque dispone de conexiones estables que le facilitan ser escuchado por las autoridades superiores); o bien un grupo *segmentado* (cuando no dispone de esa conexión y se encuentra aislado respecto de los grupos de poder). La segunda variable principal hace referencia a la estructura interna del grupo potencialmente movilizable. El autor propone aquí tres situaciones posibles basadas en la evolución moderna de los grupos, desde (A), un modelo *tradicional* (donde imperan las relaciones basadas en la tradición: tribu, comunidad tradicional); a un modelo evolucionado *asociativo* (C) (en una estructura social más compleja que se expresa en una variedad de grupos y asociaciones culturales, religiosas, políticas etc.); pasando por un modelo de transición (B) “donde lo comunitario se deshace sin que todavía hayan cristalizado estructuras asociativas”.¹⁶³ Al cruzar ambas variables principales obtenemos seis situaciones posibles para la relación entre la estructura social y los grupos potencialmente movilizables:

La tipología de Oberschall según Neveu

<u>Vínculos con grupos y poderes superiores</u>	Modelo:	<u>Vínculos dentro del grupo</u>		
		comunitario	en transición	asociativo
Integrado		A	B	C
Segmentado		D	E	F

Oberschall nos está ofreciendo aquí un modelo teórico que ayuda a identificar las claves que explican las características peculiares de las revueltas anómicas (variante E, en el cuadro). Grupos como los movilizados en Francia en 2005 y en Londres en 2011 comparten esa ubicación estructural: débil integración en la red institucional y débil articulación interna; son a la vez grupos segmentados y de baja organización interna. El resultado es una predisposición estructural a las protestas explosivas que, cuando ocurren, son breves, violentas y carentes

¹⁶³ La cita es de Erik Neveu, que expone pedagógicamente el modelo de Oberschall en *Sociología de los movimientos sociales*, Hacer, Barcelona, 2002, pp. 97-98. El estudio de Oberschall es: *Social conflict and social movements*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1973.

de organización y dirigentes. Son la versión contemporánea de los *food riots* del siglo XVII europeo o de las sacudidas de los ghettos urbanos afroamericanos de los años sesenta. Como señalan Oberschall y Neveu, la ubicación E es la propia de grupos dominados y estigmatizados, grupos en situación tal que lo comunitario se esfuma o deshace sin que, en paralelo, emerjan estructuras asociativas. Son nuestros “rebeldes primitivos”, examinados en su momento por Hobsbawm (nota 145). Su peculiar constitución los convierte, en contextos de sociedades complejas pero carentes de vínculos fuertes de cohesión social, en víctimas preferentes de la alienación individual y la anomia ambiental que campan a sus anchas en las sociedades neoliberales de la OCDE. Tanto es así que parece legítimo preguntarse para las revueltas anómicas que hemos tratado de desentrañar, como Barrington Moore en uno de sus estudios clásicos, si la pregunta relevante acerca de los seres humanos que conviven con tanta bajeza moral y opresión política es *por qué se rebelan* y no *por qué no lo hacen con mayor frecuencia*.¹⁶⁴

¹⁶⁴ Barrington Moore, *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, Sharpe, White Plains, 1978. El “¿por qué se rebelan los hombres?” coincide con el título del clásico de T.R. Gurr de 1970, *Why men rebel?*